



CAJA NEGRA

Oscar Rodríguez Montes

CAJA NEGRA



Primera edición: mayo 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Oscar Rodríguez Montes

© Ilustración de portada: Andrés Gómez Quevedo

ISBN: 978-84-18958-88-5

ISBN digital: 978-84-18958-89-2

Depósito legal: M-14196-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia, a todos los que hicieron posible
que este libro se materializara, y especialmente
a esas imágenes incoherentes y extrañas que
volaban sobre mi cabeza en las noches.
Gracias por abrir la caja.*

Prólogo

Cuenta una anécdota sumeria, por allá antes de nuestra era, que un escritor se quejaba con estas palabras —o quizás, palabras similares—: Todos los temas se han agotado, la literatura ya no tiene materia de donde extraer nuevos textos para la prosa o el verso.

El pesimismo de aquel colega recóndito y sus ideas antípodas pudieron acarrear dos consecuencias lógicas: la decepción de las siguientes generaciones de escritores o la oposición frontal a semejante sentencia, con una fuerza híbrida de creatividad y utopía. Afortunadamente, los literatos hemos optado por la última y encontramos en la reinención de esos temas desgastados, trillados y manidos, la salvación de este arte que se escribe.

Muy reciente fue mi encuentro con un joven escritor que desde la alquimia de las letras ha convertido el estilo que lo identifica en un verdadero tema literario. Su prosa construida por conexiones tan diversas y raras sedujeron mis intereses creativos, al punto que terminé por dotar de un nombre a su singular manera de traducir las ideas en arte. La literatura reinventada por el autor de este libro,

que me retó a prologar, cobró los tintes de lo que denominé «pararreal».

Los cuentos de Oscar Rodríguez Montes no solo estaban bien escritos —virtud que se espera de alguien que se permite el calificativo de escritor—: en ellos los grandes mundos inspiradores de la literatura, el mundo interior y exterior, se difuminaban como el efecto de la esfumata en una obra plástica. A primera lectura puede resultar imprecisa la calificación de su estilo y temáticas, incluso en textos como «Confesión», sería atrevido decidir si es un cuento o un poema en prosa. En ocasiones y casos como este, lo mejor sería aferrarse a la idea de que son ambas cosas, y a la vez, ninguna. En definitiva, sus textos, en cuanto a temas, ideoestética y estilo, merecen el nombre de «agnóstico», tal y como se declara a sí, el autor.

Qué encontrará el lector en estas páginas, por qué debe leer la propuesta de su autor, a qué se debe mi arena subrepticia a devorar las novedades de un universo tan variopinto como único. Es simple, el lector se impactará contra la verdadera literatura, contra una ficción verosímil y bien acabada, con relatos que en tiempos de tanta experimentación y fusión cuentan algo y, sobre todo, comunican. Con un lenguaje que parece diseñado ex profeso, exacto, medido, con un ritmo la mayor parte del discurso, sosegado, las otras veces, fulminante.

La línea argumental que justifica la compilación de estos textos en un solo volumen es su variedad, es la intertextualidad no visible, que calza toda obra literaria, porque como se ha dicho, cada libro es una cita de otros

libros. Esta unión de hecho, entre cuentos y minicuentos, que versan sobre el tiempo, el amor velado, la piedad anulada, el dolor de las frustraciones, las angustias existenciales, en ocasiones, filosóficas, de los personajes, edifican uno de los libros de cuentos que con más placer y expectativa he leído.

El colega sumerio coincidiría que el verdadero don no es siquiera la creación de historias descreídas de límites, como encontrarás en *Caja negra*, sino en la capacidad de autores, como el de este libro, en captar y proponer respuestas sinfictas e insospechadas, aptas para convertir lo fútil en arte, la nada en algo.

EDUARDO ANGARICA FREIRE

LO EFÍMERO

I

Quería ver el universo, pero no sabía cómo. Entonces desconectó uno de sus ojos y lo lanzó al cielo.

II

Nunca perderé la esperanza de encontrar a mi príncipe azul. Por eso sigo aquí, encima de este trozo de mármol que pulo todos los días, y miro hacia el exterior, esperando que se acerque y me coloque un ramo de flores.

III

—¿Qué es eso? —preguntó asombrado. Entonces
Eso se lo tragó solo por curiosidad.

IV

Es tarde en la noche, hora cercana a la una de la madrugada. La calle está desierta, creí tener de compañía solamente a las sombras de los grandes árboles que adornan la avenida, tocados por la tenue luz del alumbrado público. Escucho música con mis audífonos, me empapo los oídos con la dramática voz de Nina Simone. Siento una indescriptible sensación que me hace voltear, te veo, observo tu cara: pelo marrón, mirada profunda, barba poblada; tu cuerpo: atlético, pequeño, moreno; tu piel: sudada. Quiero acercarme, sentir tu respiración; no puedo.

Es tarde en la noche, hora cercana a la una de la madrugada. La calle está desierta. Es necesario voltearme, te veo, te observo, te llamo, no respondes. Estás atrapado en mí.

V

Los corderos son como los hombres solitarios.
En ocasiones creen soñar que están muriendo y tratan
de despertar interminablemente de la tortura...
Ellos no saben que ya están muertos.

VI

El coliseo está abarrotado. El público espera el momento final. Las muelas se trituran unas con otras, las manos tiemblan, esclavas de la incertidumbre. El guerrero desenvaina la espada. De un golpe, lo desgarran en dos irremediabilmente. Se anuncia el trágico deceso.

Ha muerto el tiempo.

VII

Después de 24 exhaustos días con sus respectivas noches, lingüistas, antropólogos, criptólogos y otro grupo de intelectuales lograron decodificar el mensaje escrito en la pared. Traducido decía:

—Mi alma descansa tranquila sobre tus huesos. Cuando la putrefacción concluya, nuestros restos se unirán. ¿Quién terminará este infinito orgasmo?

VIII

Míster Principio, furioso, expandió su viscosa cola. Sujetó al Señor Infinito, lo exprimió con toda la fuerza divina, hasta su muerte. Del occiso cayeron pequeñas gotas de vida.

IX

El formato bélico que tenía la puerta del paraíso hacía temblar los huesos inexistentes de una forma corpórea que añoraba. Me acerqué al arcángel que custodiaba la entrada: cara peculiarmente perfecta, alas extraordinariamente blancas. Después de plantear una pregunta, decidí desistir de las nubes. Prefiero el fuego. ¿Él está aquí?

X

Tenía un grave problema, pero había hallado la forma de erradicarlo. Alguien le comentó de un sitio donde se realizaban terapias de grupo, así que, sin pensarlo un segundo, se dirigió al lugar. Como en efecto, llegó a su destino. Miró por varios minutos, un gigantesco edificio repleto de ventanas de cristal. En la cima se exhibía un cartel que decía: TERAPIAS GRUPALES PARA EL CONTROL DE GESTOS INNECESARIOS.

Se adentró en aquella edificación. El pasillo exponía varias puertas de cristal, pero le pareció que ninguna correspondía al grupo que buscaba. Finalmente, donde acababa el pasillo, vio una entrada, quizás un poco más grande que las demás, y en ella se podía leer claramente: GRUPO DE APOYO A LOS GESTICULADORES CONVULSIVOS.

Abrió la puerta y solamente dijo:

—Hola.

—Shhhhhhh, aquí no se permiten las manos, solo los dedos índices, salga de este lugar y doble a la derecha al final del pasillo.

Salió cabizbajo, buscando la puerta correcta.

XI

El verano se acerca en la campiña. Las naranjas caían como pequeños soles goteando del cielo. Compartían la fruta. Su padre llegó, soberbio les dijo:

—Esa fruta está prohibida y no se comparte.

Pasado minutos uno le dijo al otro:

—Se fue, es más dulce si la como contigo.

Nació el pecado, hijo del amor.

XII

Los hombres caminaban sin rumbo buscando alimento. Uno de ellos se encontraba fuera del grupo: alto, atlético, bello. Los llamó. Fueron a su encuentro, y como bestia voraz, se los comió, uno por uno. Los hombres esperan encontrar alimento; él aguarda apartado.

XIII

Lo despertó un desasosiego. Todo estaba en penumbras, veía con dificultad entre las tinieblas. Los había dejado en algún lugar. Utilizó como guía el pasador de la escalera y bajó los peldaños con cuidado. Siguió por un pasillo oscuro hasta la cocina. Cruzó veloz una puerta, encontró el cuarto. Caminó dando tumbos hasta la cama. Tocó, estaba su cuerpo desnudo, sobre otro. Los había encontrado.

XIV

Dos niños juegan a las cartas, las cartas se vuelan con el viento de una fuerte tormenta. Los niños, apenados, decepcionados, se apartan. La lluvia intensa comienza un día, una tarde, en un lugar. La gente corre, se esconde, se une, se mezcla. Dos jóvenes juegan a guarecerse de la tormenta. Traen cartas.

XV

Los difuntos caminaban junto a Anubis hacia el juicio final. Uno de ellos repentinamente quiso regresar del más allá y lo besó en la mejilla. El imponente dios chacal tornó su cara en la de un cordero.

XVI

Sueña que camina, siente una mirada que golpea su nuca, se voltea, lo ve, lo llama, camina hacia él, sujeta su mano, lo besa, lo abraza, se duerme en sus hombros. Despierta, lo observa, llora, lo besa, le dice: «Soñé contigo».